

Jue
6
Feb
2014

Evangelio del día

Cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Pablo Miki y cc.mm (6 de Febrero)

“¡Ánimo, sé un hombre!”

Primera lectura

Lectura del primer libro de los Reyes 2, 1-4. 10-12

Se acercaban los días de la muerte de David y este aconsejó a su hijo Salomón:

«Yo emprendo el camino de todos. Ten valor y sé hombre. Guarda lo que el Señor tu Dios manda guardar siguiendo sus caminos, observando sus preceptos, órdenes, instrucciones y sentencias, como está escrito en la ley de Moisés, para que tengas éxito en todo lo que hagas y adondequiera que vayas. El Señor cumplirá así la promesa que hizo diciendo:

“Si tus hijos vigilan sus pasos, caminando fielmente ante mí, con todo su corazón y toda su alma, no te faltará uno de los tuyos sobre el trono de Israel”».

David se durmió con sus padres y lo sepultaron en la Ciudad de David.

Cuarenta años reinó David sobre Israel; siete en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén.

Salomón se sentó en el trono de David su padre y el reino quedó establecido sólidamente en su mano.

Salmo de hoy

1 Crón 29, 10-12 R/. Tú eres Señor del universo

Bendito eres, Señor,
Dios de nuestro padre Israel,
por los siglos de los siglos. R/.

Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder,
la gloria, el esplendor, la majestad,
porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra. R/.

Tú eres rey y soberano de todo.
De ti viene la riqueza y la gloria. R/.

Tú eres Señor del universo,
en tu mano está el poder y la fuerza,
tú engrandesces y confortas a todos.. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 6, 7-13

En aquel tiempo, Jesús llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevarsen sandalias, pero no una túnica de repuesto. y decía:

«Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos sacudíos el polvo de los pies, en testimonio contra ellos».

Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Camina sinceramente en la presencia del Señor”

De David, Dios da testimonio diciendo: “He encontrado a David, hijo de Jesé, un hombre según mi corazón, que realizará todo lo que yo quiera”.

Si repasamos su historia este elogio nos sorprenderá e incluso nos resultará inmerecido. A primera vista sus defectos y caídas nos harán pensar, ¿qué es lo que lo hace un hombre según el corazón de Dios? Pero, si profundizamos un poco descubriremos a un hombre de corazón constantemente abierto a Dios, capaz de reconocer sus pecados, que trabaja por corregirse, empezando siempre de nuevo, acudiendo a Dios en la oración, procurando cumplir su Voluntad. Y eso es lo que agrada a Dios.

David tiene muy claro, porque lo ha experimentado en su propia vida, que la dignidad del hombre reside en su vocación a la comunión con Dios. Comunión que Dios ofrece sin cesar, pero que el hombre puede olvidar, desconocer e incluso rechazar. Por ello, estando para morir llamó a su hijo

Salomón y le dirigió estas palabras a modo de testamento: “¡Animo, sé un hombre! Guarda las consignas del Señor, tu Dios, caminando por sus sendas, guardando sus preceptos...; para que tengas éxito en todas tus empresas...”

Cuando el hombre se aparta de Dios y de sus mandamientos, y se establece él mismo como norma y regla de su actuar, puede llegar a cometer verdaderas aberraciones.

Los cristianos tenemos la misión de demostrar al mundo que Dios no viene a fastidiarnos; que vivir según su Voluntad, aunque muchas veces exija sacrificios, nos hace felices, hombres plenos. Y que esto es para todos. La figura de David encierra una enseñanza consoladora: Dios da su gracia al pecador que se arrepiente, y se complace en el hombre que desea vivir según su Voluntad, que camina en su presencia aunque lo haga a tropicónes.

“Llamó a los Doce y los fue enviando”

San Marcos en otro pasaje de su evangelio nos dice que Jesús eligió a Doce de entre sus discípulos para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar. Aquí nos presenta a Jesús enviando a los Doce con una misión muy concreta: predicar la conversión.

La conversión es una tarea de cada día. Lo que hacemos hoy no nos sirve para mañana. Cada día necesitamos volvernos de cara al Señor y dar la espalda a tantos “señores” que, bajo múltiples y seductoras apariencias, quieren distraernos y apartarnos del Él. Por eso necesitamos que continuamente nos prediquen que hemos de convertirnos.

La Iglesia evangelizadora desde sus orígenes, recibe continuamente la llamada de Jesús a salir de su comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del evangelio.

El texto nos habla del desprendimiento material que Jesús recomendó a los Doce: ni dinero, ni pan, ni túnica de repuesto... La misión de predicar exige además estar desprendido de uno mismo, para poder adecuar el mensaje de la salvación a las personas que nos encontremos. No podemos ocultar la Verdad pero hemos de buscar la forma de que la Verdad cale en el corazón del hombre.

San Pablo Miki y sus compañeros mártires, a quienes hoy recordamos, murieron por causa de la fe, predicando con serena alegría hasta en el último instante de su vida. Que ellos intercedan por nosotros.



MM. Dominicicas
Monasterio de Santa Ana (Murcia)

San Pablo Miki y cc.mm

San Pablo Miki: 1564 / 5-febrero-1597

Los 26 mártires: 14-septiembre-1627

A final del siglo XVI surgieron en Japón grandes turbulencias políticas. Hideyoshi, jefe supremo del Gobierno, logró consolidar un fuerte poder militar, derrotando a todos los señores feudales que mantenían dividido al país. En 1587 publicó el primer edicto de prohibición del cristianismo, por el que quedaban expulsados de Japón todos los misioneros extranjeros. Así pretendía alejar el peligro de una posible invasión de Japón por los gobiernos extranjeros. Aunque no hizo cumplir aquella orden de un modo muy estricto, la libertad religiosa se había acabado. Un signo dramático de la nueva era fue la crucifixión de 26 cristianos el 5 de febrero de 1597 en Nagasaki: este grupo incluía a extranjeros y japoneses, que eran franciscanos, jesuitas y laicos.

Crucifixión de franciscanos, jesuitas, laicos

Hideyoshi había firmado la sentencia en el castillo de Osaka. En Nagasaki se encargó de ejecutarla Terazawa Hazaburo, hermano del gobernador de Nagasaki. Los mártires habían caminado desde Kyoto a Nagasaki en medio de los rigores del invierno. A las 10 de la mañana del 5 de febrero estaban ya preparadas las cruces donde iban a ser ejecutados. Terazawa, encargado de llevar a cabo la orden de Hideyoshi, era amigo de Pablo Miki, un jesuita que se encontraba en el grupo de los mártires. Esto hizo que Terazawa permitiera a dos jesuitas, los padres Pasio y Rodríguez, atender a todos antes de la ejecución. Poco después comenzaron a llegar al lugar del martirio los soldados de la escolta y los mártires, divididos en tres grupos, cada uno encabezado por dos franciscanos. Todos rezaban el rosario. Tenían las manos atadas, y sus pies descalzos iban dejando manchas de sangre por el camino. El «vía crucis» había durado un mes. Llevaban cortada la oreja izquierda, señal de su condena a muerte.

Apenas llegaron todos, los soldados empezaron a fijar los cuerpos en los maderos con unas anillas de hierro en las manos, pies y cuello de las víctimas; una cuerda a la cintura bien atada los dejaba fijos a los maderos. Cuando estaban todos listos, los soldados levantaron las cruces y las dejaron caer en los hoyos que ya estaban preparados. La colina parecía sembrada de cruces.

Delante de todos los mártires aparecía la tabla en que estaba escrita la sentencia: «Por cuanto estos hombres vinieron de Filipinas con título de embajadores y se quedaron en Miyako (Kyoto) predicando la ley de los cristianos que yo prohibí rigurosamente los años pasados, mando que sean ajusticiados junto con los japoneses que se hicieron de su ley...» Los extranjeros que estaban entre los mártires habían llegado en el galeón San Felipe, que había encallado cerca de las costas japonesas, en su viaje de Filipinas a Nueva España. Estos religiosos españoles habían sido declarados enemigos de Japón, por considerar que querían conquistar aquellas islas para la Corona de España. Ésta fue la chispa que desató el fuego de una persecución que ya estaba en ebullición hacía tiempo.

Desde la cruz, alababan a Dios con alegría

Los mártires cantaban salmos, alababan a Dios con sus oraciones y amonestaban a la muchedumbre que se había ido reuniendo para que fuesen fieles a la fe por la que ellos morían. Entre ellos había tres niños que habían querido unirse al grupo de los mártires. Con una alegría contagiosa, cantaban los salmos que habían aprendido en la catequesis: «Alabad, niños, al Señor, alabad su santo nombre. Desde donde sale el sol hasta el ocaso, sea alabado el nombre del Señor. Los padres Pasio y Rodríguez iban de una cruz a otra para atender a los mártires y confortarlos con sus palabras. Juan de Gota, uno de los tres jesuitas que había en el grupo, había hecho los votos religiosos en la Compañía poco antes de salir para el martirio. Los otros dos eran Pablo Miki y Diego Kisai.

La cruz de fray Felipe de Jesús, franciscano mexicano, no quedaba ajustada a su cuerpo; el sedile quedaba muy bajo, y todo el cuerpo colgaba de la anilla del cuello; esto le hacía ahogarse por momentos. Lo vio Terazawa y mandó que los verdugos alancearan el cuerpo, con dos lanzas cruzadas a la manera japonesa. Éste fue el comienzo de las inmolaciones. Eran cuatro los verdugos que empezaron a clavar sus lanzas en el pecho de los 26 mártires, empezando por los dos extremos de la fila de las cruces. A medida que los verdugos avanzaban hacia el centro, disminuían las voces de los mártires y aumentaba el clamor de la muchedumbre. Monseñor Martínez, el primer obispo jesuita de Japón, escribía: «Oí un gran grito de la gente cuando los alancearon». El último en morir fue fray Pedro Bautista; al ver a los verdugos que están ya delante de su cruz para clavarle las lanzas, exclama: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu».

La Iglesia beatificó muy pronto a estos 26 mártires en 1627, sólo 30 años después del martirio. Más tarde, en 1862, fueron canonizados estos 26 testigos de la fe y el amor de Cristo por el beato Pio IX.

Fernando García Gutiérrez, S.J.